Amantina Cobos de Villalobos

Poesías

Premiadas en el Certamen Concepcionista de 1917.



Sevilla, 1918. – Lib. e Imp. de Eulogio de las Heras, Sierpes, 13.

Poesías

Premiadas en el Certamen Concepcionista de 1917.

Las escribió

Amantina Cobos de Villalobos

Sevilla, 1918. - Librería e Imprenta
de Eulogio de las Heras, Sierpes, 13

Tríptico de sonetos

La Virgen María y Bartolomé Esteban Murillo

I

Si desde el alto solio donde esplende
la Madre del Señor toda hermosura,
una mirada amante de ternura
sobre sus hijos por el orbe tiende:

Si la ciudad contempla, que se extiende
junto al Betis en plácida llanura,
verá su imagen celestial y pura
que en santo amor el corazón enciende.

Hubo un hombre, un artista, un inspirado,
por una luz del cielo iluminado
vislumbró de María la belleza,

Y eterna gloria conquistó Sevilla,
al copiar a la Virgen sin mancilla
el inmortal pintor de su pureza.

La Virgen María
y Miguel del Cid

II

Era un siglo de místico fervor
que hizo a los hombres conocer el bien,
y eran unos poetas, que también
os cantaron, Señora, con amor.

Quién os llamó la más preciada flor
de los bellos jardines del Edén,
la virgen más hermosa de Salem,
del Sol Divino claro resplandor.

Y en Sevilla, ferviente multitud
honró vuestra pureza celestial,
pues tuvo de la fe, la alta virtud;

Y «diga todo el mundo en general
(cantó un poeta al son de su laud)
que no tuvísteis mancha original.»

La Virgen María
y Juan Martínez Montañés

III

No concibió la humana inteligencia
la celestial belleza de María,
sólo el amante corazón podía
comprender por la fe tanta excelencia.

Del Supremo Hacedor la omnipotencia
dones excelsos le otorgó a porfía,
pues la que Madre suya ser debía,
participó de su divina esencia.

Martínez Montañés, genio profundo,
que sorprendió, del Redentor del mundo
el supremo dolor por nuestros males,

Guiado por la fe, que le impulsaba,
la imagen de María modelaba
ciñendo así laureles inmortales.

Romance

En que se cuenta el suceso de los negros, que vendieron su libertad para hacer una fiesta a la Inmaculada Concepción.

Grandes fiestas se preparan,
reina en Sevilla el contento,
pues todos sus moradores
con noble y ferviente celo,
a celebrar se disponen
el inefable Misterio,
que la pureza proclama
de la que es Reina del cielo.
Se aprestan las Hermandades
a acudir a los festejos
y vistosas cabalgatas
preparan algunos gremios.
Luce la ciudad de noche
con tan variados fuegos
en casas, calles y plazas
que semeja grande incendio.
Comentan de varios modos
el ya próximo suceso,
los togados en la Audiencia,
en las Gradas, los mozuelos,
en el Arenal, los bravos
y en la solana, los viejos.

Allà en casa, las mujeres
sacan del arcón de cedro,
el largo y obscuro manto,
la saya de terciopelo,
el ajustado corpiño,
el antiguo camafeo,
los pendientes de rubíes,
las agujas para el pelo,
los recamados jubones,
las calzas y los gregüescos,
los puños de fino encaje,
golas rizadas y vuelos;
que engalanen aquel día
a sí mismas, y a sus deudos.
Con júbilo inusitado
va a honrar Sevilla el Misterio,
que Pura y Limpia declara
a la Reina de los cielos.

*
* *

En un apartado barrio,
de la ciudad a un extremo,
y a la común alegría
indiferentes y ajenos,
cerca de la puerta Osario
platicando están dos negros,
que si en la color del rostro
muestran su origen plebeyo,
por la nobleza del alma
tienen muy alto abolengo.
Fernando Molina es uno,
y el otro Pedro Moreno,
Hermano mayor y Alcalde
de la Hermandad de los Negros.

No podrá ir su cofradía
aquel año a los festejos,
y no podrá unir sus voces
a las del devoto pueblo,
que de María las gracias
canta de entusiasmo lleno,
pues la religiosa fiesta
sube hasta doscientos pesos,
cantidad harto crecida
para tan menguados tiempos.
Son pobres, pero devotos
y el amor encuentra medios
con que dar fin y remate
a sus fervientes anhelos.
Ambos son libres, y piensan
que su libertad vendiendo
podrán allegar recursos
con que pagar los festejos.
A este fin van por las calles
sus personas ofreciendo,
¡sacrificio tan sublime
merece el más alto premio!
Los vecinos de Sevilla
que asombrados les oyeron,
dan piadosas limosnas
que no bastan al intento,
y Jerónimo Rodríguez,
en la calle de Colcheros,
por la cantidad pedida
compra los devotos negros.
De su libertad amada
es harto mísero precio,
mas para honrar a María
tal sacrificio es pequeño.

Ya el pendón de los *Negritos*
ondea glorioso al viento,
lucen millares de cirios
y blancas nubes de incienso
como cendales de gasa
suben hasta el firmamento.
Entre todos los cofrades
caminan Fernando y Pedro,
los Esclavos de la Virgen,
como ya les llama el pueblo.
Y refieren los anales
que tales fiestas hicieron,
que aún después de muchos años
duró en Sevilla el recuerdo.

*
* *

Tal es el extraño caso
de los dos devotos negros,
viejas crónicas lo dicen,
sabios, después lo escribieron,
lo canta mi torpe pluma
para honrar así el recuerdo
de los, que, ha más de tres siglos
con viva fe comprendieron,
que es gerarquía más alta
que es un honor más excelso
ser *Esclavos de María*
que reyes del mundo entero.